

# Juan José Carazo

El de Juan José Carazo es un nombre muy conocido de nuestros maestros. Lo que ha hecho al servicio de ellos, lo que se propone hacer, lo que desea que se haga, también es muy conocido, siquiera por una mayoría. Y no sólo de muchos maestros que han escuchado sus interesantes conferencias o leído sus artículos, sino de muchos estudiantes que han estado en comunicación con él en las aulas—en las cuales el cariño que inspira es evidiable—y de muchos agricultores, campesinos los más, que buscan en Carazo a un verdadero preocupado por sus problemas.

Sin embargo conviene recordar, al menos precisando los rasgos más generales, lo que hay de hermoso en su obra. Fué él quien primero trabajó en el país por organizar las que llamó "huertas caseras", traduciendo a nuestro lenguaje la denominación inglesa. Y trabajó con una tenacidad admirable.

Es él quien más se ha interesado por la difusión de la agricultura escolar y por obtener que se la contemple con un criterio amplio, dentro del cual tenga ella, como las manualidades en el concepto del pragmatismo pedagógico, el valor de un centro de correlación de estudios. Carazo ha deseado esto para las escuelas rurales o, siquiera, para las de ciertas regiones del país.

Podrá parecer que eso es poco haber realizado o poco pretender, pero la verdad es que tal obra se impone a la admiración por cierta grandeza que ostenta, así en cuanto tiene de realidad, como en lo que contiene de aspiración y de promesa. Cuando se mira con ojos penetrantes la trascendencia de tales labores—mutiladas por los obstáculos—y cuando se comprende el espíritu de sacrificio que Carazo ha vertido en ellas, surge límpida la fe de que él lleva consigo la luz superior en que se inspiran los apostolados. A más de que la compleja tarea de Carazo comporta la presencia de toda una vasta agitación de problemas nacionales.

Es cierto que poco de lo que ha construído subsiste o poco conserva la fuerza inicial; es cierto que poco de lo que va intentando logra hacer; mas también es cierto que en ambos casos el obstáculo o el fracaso aparecen más allá de donde alcanza la voluntad de Carazo.

Alguna vez se conocerá el historial de sus esfuerzos y se reconocerá entonces que Carazo ha sido traicionado por las circunstancias y que éstas

fueron a veces tan crueles o tan torpes, que no respetaron la abnegada devoción con que él supo ponerse al servicio de nobilísimas empresas. Lo más grave es que las circunstancias han tenido, en algunas ocasiones, figura y nombre humanos.

En cambio quiere la fortuna que sean muchos los jóvenes a quienes Carazo ha iniciado en el secreto de amar y comprender la tierra, lo que un día u otro se convertirá en porvenir, y para él, en gloria.

Carazo es, pues, agricultor. Esto es lo dominante en él. Trasladado a cualquier campo, lo característico de Carazo será el don de cultivar. Es agricultor que cultiva la tierra con herramienta de ideas, que sabe nutrirla con abono de ensueño y rociarla, si en tiempo de sequía es preciso, con lágrimas. Pero es también el otro agricultor, el que muestra sucias las manos, el que ha recibido en ellas la mordedura de víbora de las espinas, el beso redentor de los soles y la unción misteriosa de las savias. El que, trabajando con sus hijos en una parcela, saca de ella el pan oscuro de cada día. El que de allí saca también haces de ideas, a veces sin limpiarles las raíces, a veces arrastrando con ellas algún secreto del corazón maternal de la tierra.

Ha sido también apicultor, y si algo lo revela es esa afición; de las abejas le interesa la vida, el enigma, la belleza del vuelo nupcial; la miel, la regala a los amigos.

Una vez un amigo de él le censuraba algún artículo con el decir de que era obra inerte de teórico. Carazo envió a la casa del amigo una canastilla con tomates de los que cultiva y con esta leyenda: «Tomates teóricos para hombres prácticos».

Cuando refiere el suceso disfruta con deleite del sabor de la broma. Hay una expresión popular que pinta a Carazo: «Me lo tiré». Discutidor empedernido, conversador y amigo de hacer frases con punta, le gusta contradecir, formular paradojas y ocultarse en el diálogo a atisbar la oportunidad de afirmar enfáticamente y con risueña malicia: «Me lo tiré». Y en cien veces es muy probable que acierte las más, por su observación, por su suelto decir, por su imaginación ávida de inquietud. La violencia se apodera de él fácilmente, lo que



JUAN JOSÉ CARAZO

(Foto, SOTILLO)

fuera grave si no supiese convertirla en ágil broma y si, malhumorado e impaciente, cual suele ser, no acudiera en las horas difíciles de su vida, al reposo en una bella serenidad.

Aparte de que en todas brota pródiga de su corazón una ternura paternal.

Cuando habla a los jóvenes de ideales, ella vibra en su gesto persuasivo con una fuerza apasionante.

Fué, hace años, maestro de escuela en el campo. Hizo allí una labor admirable, por la consagración y por la iniciativa. Me parece que hizo uno de los mejores trabajos que se han efectuado en el país. Trabajo de creación, más que de técnica. Su escuela rural algo tenía de la de Tolstoi y—en otro aspecto—de la de Kerschesteiner.

Antes había sido obrero. En San José trabajó en la reparación de instalaciones eléctricas. En la región atlántica había trabajado como mecánico en un aserradero. En esta clase de labores su don es la inventiva. De ahí su interés en los problemas del trabajador.